



Teléfono 22601. - Secretaría 25. - Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Año XXIX || Todos para uno = Septiembre de 1937 = Uno para todos || Núm. 394

EL TRABAJO es para todos

Desde que reapareció nuestro periódico EL TRABAJO, mejorado en su formato y robustecido en su esencia educadora, sin escatimar sacrificios de ninguna índole, la máquina veloz que le da a la luz, altanera y triunfal, ha sacado de sus entrañas aceradas cerca de cien mil ejemplares del mismo en un espacio de meses muy reducido.

Todos los meses, al efectuar el cierre, con preferencia sin límites, éste fué y seguirá siendo el de los paquetes destinados a los frentes y unidades donde tenemos noticias de antemano que hay asociados nuestros.

Basta una carta o tarjeta de un asociado, y, al punto, la mirada viva y escudriñadora del compañero y la compañera que tienen a su cargo el diminuto, pero inmenso, fichero se dirige veloz a él en averiguación de si dicho asociado tiene ficha hecha, se encuentra solo, o, por el contrario, está en alguno de aquellos lugares donde continuamente y sin interrupción se envía paquete.

Nosotros, que nos hemos impuesto la obligación de acudir alternativa y periódicamente a los frentes para visitar a nuestros asociados, entregarles los encargos que nos da la Junta directiva, recoger de ellos los que nos confían para la organización o para sus íntimos, sentimos un gran disgusto cuando, por las razones poderosas de la guerra, no se nos permite llegar hasta aquellas líneas donde sabemos que algún asociado está. Pero el peso que indebidamente pueda recaer sobre nuestra conciencia desaparece ante la promesa leal y honrada de hermanos de lucha, aun cuando no sean de nuestro oficio, de que en la primera oportunidad han de transmitirle en nuestro nombre el saludo y el abrazo o el encargo que nosotros en persona no pudimos darle.

¡Heroico regreso de las avanzadillas por las caldeadas trincheras en busca del bien merecido descanso de nuestros muchachos!

¡Heroica marcha y regreso de nuestros inteligentes fortificadores, resignados como aquéllos en el cumplimiento de un deber ineludible, que saben es el de todo buen asociado y ciudadano leal!

Aquéllos y éstos nos esperan siempre con gran deseo, con ansias de noticias de la Sección a que pertenecen,

porque la quieren de veras, e igualmente nos cantan su alegría al recibir el número o números de nuestro periódico.

Igualmente las compañeras, madres o hermanas, verdaderas heroínas en todos los sentidos, cuando acuden a Secretaría acogen con un cariño maternal nuestro órgano mensual, y al tomarlo entre sus manos no digo que lo besen, pero sí que le estrechan como a un niño en su regazo, convencidas de que el portavoz sindical de donde milita el ser querido no se olvida de él, pues trepa y corre cual si dispusiera de alas hasta llegar a sus manos por conducto de compañeros que les está confiada la dirección de la Sociedad.

Hace días me cupo la suerte de visitar uno de los frentes para ventilar asuntos de la organización, y saludar a los compañeros, en el cual los valientes camaradas, todo entusiasmo, todo arrojo y todo entereza, me llenaban de alegría; pero donde más de cerca pulsé la camaradería existente fué en las avanzadillas, en las posiciones, donde todo es de todos y nada es de uno solo, por alta que sea la graduación que se ostente.

Bastó anunciar que llegaban compañeros de las Federaciones y, de El Trabajo, para que todos, con graduación o sin ella, se disputasen en armonía los puestos de guías nuestros, para anunciarnos y presentarnos a todos, sin distinción de ninguna clase.

Al ver en mi mano el paquete de EL TRABAJO me dijo un héroe de nuestra causa estas mismas palabras: «Escucha, camarada: Yo pertenezco a la Sociedad X de la Federación. ¿Tendrías inconveniente en venderme un número de EL TRABAJO?» Y al punto le contesté, con sonrisa que vió dibujada en mi semblante, que eso no podía ser, puesto que nuestro periódico no se vende; pero le ofrecí uno en nombre de la Junta directiva, y le hice saber que, aun cuando primeramente los números que llevamos son para nuestros asociados, tampoco nos olvidamos de complacer a cuantos nos es posible de otras Secciones. Con lo cual, al despedirnos, todo reconocimiento y gratitud, desde un recodo de la trinchera hizo llegar hasta mí los efectos de una emoción profunda, al escuchar que decía al compañero inmediato: «¡Qué hermosa Sociedad,

qué modelo de organización la que, como ésta, practica la teoría inmensa de que EL TRABAJO es para todos!»

Y siguió, siguió vigilante en su papapeto, acariciando a su mejor amigo, mientras fijaba su mirada inteligente en las páginas de nuestro periódico.

En tanto, nosotros nos alejábamos más y más por el zigzag permanente de la trinchera, no entristecidos, sino satisfechos de haber cumplido un deber que nadie mejor que ellos sabe cuán grato es.

Manuel PARAZUELOS

Misiones a cumplir por los Sindicatos

La transformación que forzosamente han de sufrir éstos una vez ganada la guerra hace que se dedique a este problema parte del espacio de la prensa nuestra.

El primer deber de éstos consiste en hacer percibir claramente el alcance de los hechos que se están produciendo en nuestro país a través del movimiento subversivo; procurar alejar de la mente calenturienta de algunos que la revolución proletaria es posible mientras los ejércitos invasores no sean alejados de ciertas ciudades que dominan, y especialmente de nuestro Madrid, que, sin temor a equivocación alguna, es donde se ventila el porvenir de esta campaña.

Trece meses de guerra nos enseñan, y es también misión de las organizaciones proletarias inculcarlo en la mente de sus afiliados, que la realización socialista no puede adoptar formas utópicas. Se quiera o no, este lapso de tiempo nos enseña que para garantizar la victoria, lo mismo en el frente militar, que en el económico, que en el de la producción, es necesaria una coordinación de esfuerzos, una severa centralización que está reñida con ciertos ensayos demagógicos, que sólo conducen al retraso en la consecución de la victoria.

La iniciativa particular o de grupo en cualquier aspecto, pero en particular en el orden económico, sólo conduce al caos. Solamente una franca disciplina, una orientación única, el sometimiento a una orientación socialista puede ser la base del triunfo, primero frente al enemigo y después frente a quienes, adulando la capacidad productora de las masas, pre-

tenden hacer creer que la iniciativa particular puede instituir el orden perfecto que en la postguerra se precisa.

La restauración económica, y, si somos algo más prácticos, la reconstrucción socialista, requieren no veleidades corporativas o de grupo, ni siquiera federalistas, sino una rígida centralización, la que los Sindicatos, por su contacto con las masas productoras, son los obligados a cumplir en su labor educadora.

El Sindicato, como factor de la revolución, debe tener una directriz, y torpe ha de ser quien no lo reconozca, marxista, y ésta únicamente la puede ejercer un fuerte partido político que sea la base del Gobierno que le interprete y el que conviene apresurarse, en bien de todos, a crear, sin reservas, sin deseos de absorción.

Pensar, y la larga experiencia lo comprueba, en una unión sindical rápida, sabiendo lo diametralmente opuesta que es la concepción de nuestras dos grandes centrales, es algo utópico, y misión de los organismos obreros es inculcar entre sus masas el pensamiento, la necesidad, aun después del triunfo, de un Estado que sirva de guía a la vida nacional, que interprete las ansias de libertad y de progreso constructivo tan necesario en todo nuevo régimen como el que se aspira a crear.

Ardua es la tarea, y máxime si tenemos en cuenta que nos encontramos ante un caso de experimentación en el que se regarán semillas dispares, por lo que si no se cuida el fruto antes de su recolección sería estéril, pero que es necesario transformar cueste lo que cueste. En ello va el porvenir proletario, tras de cuyo fin corrieron verdaderos torrentes de sangre generosa que es preciso no olvidar.

Manos a la obra, quizá penosa. Acción lo más conjunta posible para ganar la guerra, sin la cual la fosa común borraría nuestras diferencias, y esta acción será la base de la edificación del Estado proletario que después del triunfo, del que no cabe dudar, nos compensará de las amarguras de esta guerra fratricida a la que nos condujeron las injusticias de un régimen tan ingrato como el que padecíamos.

Antonio ALBA

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

Socialistas y comunistas queremos la unidad

En el periódico de la veterana Sociedad de Albañiles El Trabajo no pueden desentonar unas líneas dedicadas a la idea del partido único del proletariado, idea que en el ambiente de nuestro glorioso Sindicato y de toda la Unión General de Trabajadores madrileña es un viejo propósito, una pretensión tenazmente sostenida.

Las circunstancias de hoy son, como nunca, propicias. En un año de guerra y de revolución hemos aprendido mucho todos. Comprendemos, sin recelos ni veladuras, la necesidad del partido único. Sentimos y queremos la unidad de socialistas y comunistas, la unidad política de la clase obrera. Pero aún más las condiciones objetivas en nuestro país mandan sobre nuestra voluntad en esa misma dirección. Y las masas imponen cada día con más fuerza la aspiración del partido único.

Ha pasado el tiempo de los discursos y de las declamaciones en torno a la unidad. La voluntad de unión se traduce prácticamente en hechos notorios, que son jalones decisivos en ese camino. La Sociedad de Albañiles El Trabajo ha tenido una intensa participación en el proceso de acercamiento de las organizaciones socialistas y comunistas, de las masas de ambas organizaciones. Para no romper su tradición, nuestro Sindicato debe luchar en primera fila hasta conseguir la unidad indestructible de los dos Partidos hermanos. Unión rápida, inmediata, sin etapas dilatorias, que algunos insinúan porque honradamente no perciben el apremio de la hora actual, pero que otros las interponen habilidosamente porque no quieren la unidad, porque son enemigos de ella.

Se habla de paréntesis, de puentes o de transiciones. ¡Pero si la unidad se «respira» ya en todos los lugares de producción, en las trincheras, en el ambiente diario de la guerra y del trabajo! Porque la etapa de preparación viene ya de octubre, del glorioso octubre de 1934. Y la labor común en el Gobierno, en los Comités de enlace, y el contacto de las masas de ambos partidos en la lucha heroica por la independencia y por la libertad de nuestro país, han acelerado el proceso de unidad.

Los obreros socialistas y comunistas no sólo quieren la unidad. En cierto modo, la practican. Tenemos pruebas cuantiosas de las manifestaciones que adquiere día por día el anhelo unitario de las masas: en las fábricas, en el campo, en los Sindicatos, en el terreno mismo de la vida política. ¿Qué falta entonces para que el partido único del proletariado sea una realidad? Una cosa muy simple: traducir formalmente los hechos cotidianos de la vida de los trabajado-

res, dar expresión orgánica no ya a los deseos, sino a las realizaciones de las masas socialistas y comunistas, que pelean juntas en el frente contra el fascismo, que trabajan unidas en la retaguardia para la guerra y la revolución popular.

Lo que determina, pues, la exigencia de unificación es el grado de madurez histórica, de solidaridad y de unidad a que han llegado los partidos, el desarrollo de las condiciones subjetivas y objetivas para ella, la voluntad inexorable de las masas. Y la consideración de que esa unidad nos es indispensable si queremos acelerar la victoria contra los invasores de España.

Es el interés de la guerra, el porvenir inmediato de la revolución, lo que nos manda imperiosamente a socialistas y comunistas que debemos seguir el camino de la unidad. Es necesario comprender el alcance de la unidad en el proceso de la victoria contra el fascismo.

Si queremos obtener rápidamente la victoria; si queremos que nuestra victoria sea fecunda en el curso de la revolución popular, forjemos orgánicamente la unidad de socialistas y comunistas, creada ya, viva, eficaz y firme, sin recelos ni segundas intenciones, en el calor de la lucha, en la venturosa hermandad de las trincheras.

Así reconquistaremos en poco tiempo el territorio pisoteado por la traición y haremos una España libre, próspera y feliz.

Luis C. GIORLA

LA VOZ DE LOS FRENTEROS

Luchadores

¿Quién no recuerda el trágico día 18 de julio de 1936, cuando un pueblo en masa se levantó contra unos militares traidores a su patria, lacayos a sueldo de la podrida burguesía española? Yo lo recuerdo con indignación y pena, porque en el tiempo que llevamos peleando hemos visto caer a camaradas nuestros, en lucha contra el fascismo criminal, siempre en sus puestos, sin volver la vista atrás.

Nuestra gloriosa Sociedad de Albañiles, tanto en el frente de batalla como en la retaguardia, nuestros mejores hombres han tenido que superarse a sí mismos, y muchas veces tener que vencer su agotamiento físico por la labor encomendada.

En el frente han luchado como nadie. Por eso hemos perdido a los compañeros Mena, Mora y otros que no menciono por no hacer este artículo interminable; pero que en la memoria de todos están presentes.

También en el Comisariado tenemos compañeros que luchan contra el fascismo opresor con las armas en la mano y contra la incultura. Pero no por eso vamos a pasar la factura, pues no fué norma nuestra nunca.

En la retaguardia, la labor hecha por

Consideraciones del momento

En torno a la unidad

A través de toda la prensa vemos cómo se trata el conflicto español en los diversos países que pueblan el mundo civilizado. Excepto México y la U. R. S. S., que han comprendido bien claro la significación de nuestra guerra, hay otros que tienen el lujo de llamarse liberales, demócratas y otras lindezas más; pero el resultado ya se está viendo por la actuación que están desarrollando. La finalidad que llevan está bien demostrada: servir los intereses de la clase dominante.

Dos clases antagónicas, dos mundos frente a frente. He aquí la génesis de la contienda. En un lado, la clase trabajadora, intelectuales, la verdadera democracia, la paz y la justicia, y al otro lado, la barbarie, el fanatismo religioso, el terror, la injusticia, la guerra. He aquí lo que es el fascismo, por lo que luchan los del otro frente.

La fuerza organizada de choque del capitalismo, que se resiste a ceder posiciones, es la que provoca estos conflictos, buscando afines en todos los ámbitos del mundo. Esa es la patria, el privilegio que defienden los países que han adoptado la posición de no intervención ante la contienda española. La prensa de todos los días nos relata hechos de piratería de tal magnitud, que no parece sino que la dignidad de los países que tales pillajes toleran está correspondida, así como dejando hacer para ulteriores posiciones políticas, de acuerdo con los primates de la Banca y grandes terratenientes y militarismo. Así está orientada la política de no intervención.

Comprendida bien esta política, los que se titulan liberales, demócratas, defensores de la paz, sépanlo todas las conciencias honradas del mundo, que se está jugando con la sangre del proletariado, no sólo el español, sino

el de toda Europa, que está dignamente representado bajo la bandera del Frente popular europeo, integrando las Columnas Internacionales, las verdaderas voluntarias, las que desde tierras lejanas han venido a luchar por sus libertades. Sépanlo esto los que gobiernan en nombre de una falsa democracia, porque los miles de ciudadanos que representan están con nosotros, compartiendo con dolor esa indiferencia.

Ante tal pasividad, bien demostrada, que traducida a nuestro lenguaje es ayuda directa, sólo hay una consigna: movilización de todo el proletariado internacional bajo el signo de la unidad.

Para que aquí podamos los trabajadores insistir en esta demanda es necesario y urgente que sobre la unidad del proletariado haya un concepto más elevado, y no tratarle, como hasta aquí viene ocurriendo, de un modo abstracto, sin darle la tan deseada solución que corresponde al momento histórico que vivimos.

Opinan todos los trabajadores que en torno a la unidad ya es hora de que se termine de mencionar su necesidad, porque el tiempo que se pierde en estas discusiones son tantos que gana el enemigo. Sólo un Partido único del proletariado debe existir; siendo, pues, lo más fundamental para que la solidaridad internacional sea más efectiva, porque animará a los demás partidos hermanos, y el ritmo que llevan para conseguir el mismo objetivo se acelerará, y después de haberlo hecho aquí, no tardará en ser una realidad en los demás países. Entonces será cuando a nuestro pueblo se le hará la verdadera justicia que merece.

Se dice mucho en la tribuna, y en la prensa se ha llegado al límite, por quien no le interesa que esto sea realidad: se ha inventado el mito del proselitismo, y demostrado está lo que es esto. Sin volverlo a tocar aquí, sólo vamos a decir que juntos estamos luchando contra un enemigo fuerte, y contra esa fuerza, si no se opone otra superior, nada podremos hacer.

Sobre la base de la unión de todas las fuerzas que luchan juntas, quitando esas insidias que tanto nos están perjudicando, por intereses de partido u organización, estamos perdiendo el tiempo, y es lo que queremos evitar. Hagamos, sí, una crítica cordial, razonada y fundamentada sobre hechos que estén patentizados como perjudiciales a la causa. Por encima de los intereses de partido u organización está el conjunto de todos, la causa antifascista, la causa del orden revolucionario, la causa de la paz.

No perdamos de vista lo que representan las «protestas» que los países agredidos dirigen a las autoridades facciosas. Esto no es más que el instinto de clase. Ahí tenemos la unión que contra nosotros se hace, y que no copiamos. Sí, hay que hacerla por instinto de clase.

¡Viva la unidad proletaria!

M. ROMERO

La fortificación es el arma más eficaz de la guerra. Los compañeros albañiles han contribuido y contribuyen ampliamente a esa eficacia.

Julián PEREZ

LA VOZ DE LOS FRENTE

La guerra contra el fascismo

Hay personas que no comprenden lo que es la guerra sangrienta por que atraviesa España. Pues bien: yo, como obrero, y por ser uno de tantos explotados por el capitalismo; antifascista por haber estado criado bajo la miseria obrera, me atrevo a decir que la guerra, en la que muchos de nuestros hermanos vierten su sangre, es mayormente por la libertad y la democracia; que lo que España la mártir desea es libertad y democracia. Esta es la consigna, en el frente y en la retaguardia, para todo combatiente.

Siempre tiene que haber quien confunda la democracia con la burguesía. Personas que tienen un cargo que defender y no lo hacen, sino todo lo contrario. Tratan al compañero como en los tiempos de los grandes burgueses. Tienen más criados que la verdadera canalla fascista. Personas que para mover una bota tienen que pedir permiso a la otra; que no viajaban en tranvía por no gastar 15 céntimos. En cambio, hoy gastan gasolina, que tanta falta hace, como si fuera agua. ¿Comer? Mejor que en el hotel Palace, con exigencias, sin acordarse del compañero que no come.

Ahora pregunto yo: ¿Querrán estos compañeros de pega que se termine esto pronto? Yo, a mi juicio, creo que no.

El lector tiene la palabra.

Rafael PEREZ

Sargento de Ingenieros,
2.ª División

¡No pasarán!

Los generales felones y sus aliados podrán, a distancia, reducir Madrid a cenizas.

A cada asalto de los hombres de Hitler, de Mussolini y del Tercio, se levantarán de las ruinas humeantes, más decididas todavía, las Milicias y las Brigadas Internacionales, las bravas mujeres, los soldados, los muchachos intrépidos y feroces y los legendarios dinamiteros.

¡Alto ahí, mercenarios! ¡No pasaréis! Vuestros estrategas de las Academias militares de Berlín y Roma ya no pueden hacer nada más por vosotros. A vosotros os falta el valor personal y algo más que el valor personal: aquello que siempre os ha faltado a los mercenarios, un ideal.

¡No pasaréis, señoritos chulos y falangistas, estrategas de café! Tenéis mucho miedo, un miedo intenso porque sabéis que tenéis que rendir cuentas y que vuestros deseos no se realizarán jamás.

Los luchadores de Madrid decimos: ¡No pasaréis! Lo escribiremos, llegado el momento, con nuestros fusiles, con nuestras ametralladoras y con nuestra propia sangre.

Nosotros sabemos por qué luchamos, y sabemos que luchando en Madrid salvamos a España y al resto del proletariado mundial, y que está próximo el día en que toda vuestra retaguardia se derrumbará al otro lado de las trincheras.

¡Salud a todos los combatientes de la Brigada!

Miguel CAYUELA

Capitán de 1.ª 4.ª Compañía.

Un avance anónimo

El parte de guerra de aquel día decía, lacónicamente: «Centro: Ligero avance en el sector de Guadalajara, mejorando nuestras posiciones.»

Los que llevamos cierto tiempo en este sector nos quedamos un poco perplejos ante el parte de aquel día.

No habíamos observado ninguna agitación en las Milicias, ni oído ningunos tiros granados que demostraran haberse llevado a efecto un combate que pudiera justificar aquel avance. Y, sin embargo, el parte lo decía.

El ministro de Defensa nacional no podía haber inventado aquella nota caprichosamente. Alguien con autoridad suficiente debía de haberla transmitido. Hicimos las indagaciones oportunas, y nadie pudo dar razón de por dónde se había efectuado el avance. Algo torpes somos; pero, al fin, se nos ocurrió, ingenuamente, si habríamos sido nosotros, los pobres olvidados y vilipendiados zapadores, los héroes de aquel anónimo avance. Pues en realidad habíamos tomado, sin más armas que el pico y la pala, tres montículos, con un fondo de más de medio kilómetro. ¡Y nadie se había enterado! ¡Ni nosotros mismos! A pesar de de estar noches y noches sin un descanso que compensara el esfuerzo que estos sufridos fortificadores realizan.

Hay que tener en cuenta que la mayoría de los camaradas que componen los Batallones de fortificaciones son obreros de la construcción, y físicamente están agotados, con anterioridad al movimiento, por el esfuerzo que realizaban en el trabajo, en beneficio del burgués insaciable. Y si a esto añadimos la alimentación que el zapador percibe en el frente, igual que la del fusilero—que físicamente no tiene el

desgaste que el que está con el pico y la pala—, es fácil comprender por qué ni ellos mismos toman en consideración el haber realizado la proeza de un avance.

No voy a justificar de este agotamiento más que a aquellos compañeros que tienen una edad superior a treinta y cinco años, que son, en realidad, a los que me dirijo; pero cuidando de no confundirlos con los jovencitos de veinte a treinta años que están en estos mismos Batallones creyendo que aquí pueden más fácilmente salvar la pelleja. ¡Error manifiesto!

Estos jovencitos, que en vez de estar en aviación, de tanquistas, de bombarderos o en algún grupo de choque, se enrolan en estos Batallones para justificar el miedo y la cobardía que invade todo su ser. En esas edades, al que no le hierve la sangre en las venas; el que no crea que para él todo enemigo es pequeño, por grande que éste sea, es que es un parásito de la revolución. Y si, al menos, ya que no valen para coger un fusil, demostrarán su deseo de servir a la causa... El pico en sus manos debiera transformarse en una máquina excavadora; pero no es así: hacen menos y piden más que una catequista. Claro está que en todo esto hay excepciones. Pero... me parece que he perdido el hilo de origen de este artículo. Si, lo he perdido; porque no quiero—como pensaba—destruir el anónimo de este avance. Aunque cualquier día, cuando nadie pueda enterarse, te diré... que fuimos nosotros los que, retumbando el pecho al hincar el pico, y castañeando la pala, alegremente, en el silencio de la noche, realizamos aquel avance.

Domingo VELASCO

35.ª Brigada, Zapadores.

Rusia nos ayuda

Sin esperanza de ninguna clase, pero con una curiosidad extraordinaria, vengo siguiendo desde hace algún tiempo esa formidable comedia, dividida en no sé cuántos cuadros—¡y qué cuadros!—, llamada, para consuelo de unos cuantos ingenuos, la «no intervención».

Si he de ser sincero conmigo mismo, debo decir que jamás he pensado que de este mal engendro pudiera salir algo que fuera provechoso para el pueblo español.

Lo que sí me ha llamado poderosamente la atención es ver cómo algunas potencias europeas que, según propias confesiones, reflejan el más puro sentido de la democracia, hayan asistido con cierta impasibilidad a la larga serie de atropellos que este Comité ha cometido no ya con el pueblo español, sino contra la más pura esencia del derecho internacional, que si hoy afecta directamente a España, es lo más seguro que, en caso de que el proletariado español perdiera la partida, se encontrarían ellas no ya con un conflicto como en el que en estos momentos sufre nuestro país, sino que, por circunstancias geográficas, es seguro que fuera infinitamente peor.

La comedia, que ha llegado a su punto más álgido, nos anuncia, con un cinismo jamás superado, un nuevo acto que, en verdad, no puede por menos de sonrojarnos. Es el apéndice de toda su gestión. Pretende, sencillamente, conceder el derecho—en contra de todo derecho—de beligerancia a Franco.

No sé todavía la acogida que esta noticia habrá tenido entre los países representados en el seno del mencionado Comité.

Lo que sí sé es que si estos países profesaran ese amor tan grande que dicen sentir por la paz, ante el solo anuncio de semejante monstruosidad, que va en contra de las leyes que rigen a todos los pueblos del mundo, hubieran levantado su voz; hubieran protestado enérgicamente para salir con dignidad de ese atolladero, como ha hecho la U. R. S. S. por medio de su representante, camarada Maisky.

En el doloroso balance de un año de guerra es mucho lo que tenemos apuntado en el debe a favor de este gran pueblo único, que es, a lo que se ve, el que desea la paz con toda sinceridad.

Este nuevo gesto del pueblo ruso, a nosotros, a los que sentimos en toda su intensidad los momentos angustiosos por que atraviesa España, nos llena de emoción, a la par que de agradecimiento.

Miles de corazones que laten por alcanzar la victoria que les permita edificar una sociedad culta y justa como la tuya te rinden el homenaje de su gratitud. No solamente el proletariado español, sino todos los trabajadores del mundo entero sabrán en su día pagar los sacrificios que ahora realizan en bien de la gran masa proletaria.

Puedes estar orgulloso, pueblo ruso. Cuando tu nombre asoma a los labios de cualquier antifascista, una sonrisa de gratitud brota de ellos, y si dejan escapar alguna frase, es admiración y cariño lo que expresan.

No les sucede lo propio a esos impeccables señores del Comité de Londres.

Ya ves qué diferencia: tu nombre nos produce alegría, optimismo, fe en el triunfo; el de ellos, los de Eden, los de Plymouth, etc., éstos... Esos nos producen, sencillamente, repugnancia.

Pedro MONJE

137.ª Batallón, 4.ª Compañía.

LA BARBARIE Y LA "KULTURA"

Reiset lloró ante «La belle Jardinière» y demás cuadros del Louvre, que fueron desprendidos de sus marcos y enrollados, para salvarlos de la ferocidad de los prusianos, trasladándolos a Chenuevières. Esto escribe Edmond de Goncourt, el 2 de septiembre de 1870.

Don Carlos Montilla no lloró como Reiset; pero asegura que, entre todas, y son muchas, las dolorosas impresiones que esta guerra le ha proporcionado, ninguna de más fuerte emoción que la experimentada al recibir en depósito los cuadros del Museo del Prado, de Madrid, y comprobar que se hallaban sanos y salvos, después del bombardeo de que fué objeto dicho Museo.

Yo, que soy hombre inculto, en mi humilde condición, siento esa misma emoción, porque al arte rindo culto.

Los generales traidores, dando prueba de «kultura», desde incalculable altura lanzan las bombas mayores.

No respetan un convento, cementerios ni hospitales; destruyendo son iguales que de Atila su jumento.

Bibliotecas y museos pasto son de su metralla. Pero ¿es posible que haya tanta bestia entre los neos?

Ellos, que son profesores en arte y literatura, demuestran menos cultura que gañanes y pastores.

¿Son éstas las actitudes de aquellos santos varones que, en hojitas y sermones, predicaban sus virtudes?

Destruyendo, asesinando por dondequiera que van, pruebas de barbarie dan. ¡Bien se están desprestigiando!

Manifiesta paradoja: aquí, y en cualquiera parte, protege las obras de arte la canalla inculta roja.

Obras del mundo admiradas pudieron ser destruidas: por manos encallecidas han sido bien resguardadas.

No obstante vuestra incultura—falta de preparación—, dáis al mundo una lección—esto no es literatura—.

Protegeís las obras de arte los bárbaros de los rojos. ¿Adónde tendrán los ojos los hijos de Bonaparte?

Queremos paz; nunca guerra: por eso estamos luchando. ¡A ver si se va enterando de lo que pasa Inglaterra!

Pléyade de analfabetos, sin instrucción ni cultura, se han colocado a la altura de los grandes intelectos.

El capital os engaña, trabajadores del mundo; será el esfuerzo fecundo si ayudar sabéis a España.

Con nuestro triunfo logrado las guerras se acabarán. Los obreros gritarán: «¡El mundo se ha emancipado!»

Vicente ARROYO

La política de "no intervención"

Es incomprensible para todos los hombres que tengan ideas liberales la actitud de las naciones que llevan la voz cantante en el ya tristemente célebre Comité de «no intervención».

Se alega por algunos que el pueblo español es indolente y, por lo tanto, poco activo, y que necesita un Gobierno fuerte; por otros, que es impetuoso y sanguinario en sus luchas sindicales, y que por lo mismo es muy peligroso dejarle en libertad para constituir un Gobierno liberal que esté compenetrado con las aspiraciones del pueblo. Los que así se manifiestan saben que esto no es cierto. La verdad es el pánico que sienten ante nuestro triunfo definitivo en esta guerra, y que este triunfo influya en sus respectivas naciones, dando al traste con el poderío de la clase capitalista. Esta es la única razón que los mueve a propalar toda clase de calumnias que puedan desacreditar a los heroicos defensores de nuestra libertad.

No hay que olvidar que, a pesar del barniz democrático con que se visten estos difamadores, son los mayores defensores del fascismo internacional. Esta manera falaz de combatirlos dice claramente el temor que siente la clase capitalista a perder su dominio sobre la clase productora.

Miedo y nada más que miedo es lo que demuestran estas naciones democráticas ante la imposibilidad de detener el avance de las ideas redentoras del marxismo, norte y guía de los pueblos que sienten en lo más íntimo de su alma la necesidad de una sociedad más humana y más perfecta.

Inglaterra monárquica y Francia republicana no pueden dar ninguna seguridad en sus intervenciones que favorezca nuestra causa, por estar las dos regidas y sometidas incondicionalmente a la clase capitalista, y, por lo tanto, interesadas de una manera directa en aminorar nuestro triunfo, ya que no pueden evitarlo.

Este miedo insuperable que los embarga con sólo pensar en la victoria de los trabajadores no les impide conocer el peligro que supone para ellas el engrandecimiento de las potencias fascistas. Saben que, de conseguir adueñarse de España, estas naciones estarían en inmejorables condiciones económicas y estratégicas para continuar la conquista de sus aspiraciones imperialistas. Esto no lo ignoran ni Francia ni Inglaterra. Lo saben bien. Saben que su porvenir como naciones libres depende de su valentía para enfrentarse con el problema. No son momentos de andar con titubeos. Hay que decidirse. No se puede enturbiar el agua que hay que beber luego. O se someten de una manera definitiva a ser desplazadas de su poderío marítimo y colonial, perdiendo hasta su independencia y pasando a ser tributarias de Hitler y Mussolini, o se ponen francamente al lado de la razón y de la justicia, para conservar dignamente su libertad, impidiendo el triunfo de la barbarie y de la incultura. Pero esto, de una manera clara y con lealtad. Hay que facilitar todos los elementos de defensa a que tiene derecho nuestro Gobierno, por ser éste la representación genuina del Frente popular. Hay que demostrar con obras los sentimientos de humanidad y de justicia

de que tanto alardean. Menos reuniones del Comité de «no intervención». Menos fórmulas de arreglo. Basta ya de discursos, de tanta habilidad dialéctica en su expresión como enredosos y falsos en su fondo. Más franqueza en las intervenciones del elegantísimo gentleman Mr. Eden. Menos interés en querer convencer a las naciones intervencionistas. Ya no sirven las marrullerías de la antigua política ni para tapar el pánico que sienten estas potencias ante los dos fatídicos y sanguinarios personajes que rigen los destinos de las dos naciones fascistas. Hay que quitarse la careta con que hipócritamente cubren sus intereses de clase. No podemos creer ni en su generosidad ni en su alteza de pensamientos, por no estar de acuerdo con la razón ni con la justicia de nuestra causa. Hay que hacer como hace Rusia, como hace México: firmeza y lealtad en sus declaraciones; nada de ambigüedades.

Al Gobierno español y a los que defendemos nuestro derecho de gobernarlos, respetando la libertad del pueblo, no se nos puede equivocar con discursos más o menos floridos e irreprochables de expresión. Hay que enfrentarse de lleno con el problema. No hay que dar largas a estos asuntos con el solo fin de que los que traicionadamente se sublevaron contra el Gobierno legal puedan acumular elementos de guerra y reforzar su ejército con divisiones extranjeras, pensando que puedan vencer para luego seguir la política de Abisinia, inclinándose y haciendo zalemas ante los hechos consumados.

Piensen bien que esta política puede traer para los que la practican consecuencias fatales. De pasar España, que no pasará, a ser esclavizada por Alemania e Italia, no sería muy risueño el porvenir ni la suerte de estas naciones. Está demasiado ligada a la nuestra para que no sientan, en sus deseos de libertad, el latigazo de la esclavitud fascista en sus propias carnes. Tengan la seguridad de que su suerte no sería ni más ni menos que la nuestra.

Si, a pesar de su convicción, no sienten en su alma y en su conciencia las ansias de libertad y de rebeldía que deben sentir todos los hombres ante crímenes tan cobardes y tan ruines como los cometidos por los italogermanos en España, y quieren someterse voluntariamente al látigo brutal de la esclavitud fascista, háganlo en buena hora.

Nosotros, no; nosotros lucharemos con todo el entusiasmo de que somos capaces, con el pensamiento puesto en defender las libertades de toda la Humanidad.

Y conste que venceremos.

En esta contienda no estamos completamente solos. Están con nosotros Rusia y México. Estas dos naciones hermanas nos tienden su mano protectora. Ellos, como nosotros, sienten herida su alma de proletarios en lo más hondo de sus generosos sentimientos. Y a estas dos naciones les decimos: Para vosotras, naciones hermanas, nuestro eterno agradecimiento. El pueblo español cuenta con un Ejército disciplinado y consciente de su fuerza, capaz de los mayores heroísmos.

Nuestra aviación tiene por nombre la Gloriosa. Los partidos marxistas se unifican. Las sindicales se ponen de

Cumplimos con nuestro deber

Es difícil para los que no tenemos grandes ni medianos conocimientos del periodismo reflejar a través de un artículo nuestro pensamiento. Pero, no obstante estas dificultades, es necesario que todos procuremos, con arreglo a nuestra capacidad, prestar la ayuda necesaria para mejorar la conciencia de los trabajadores.

Mucho se ha escrito con relación a la moral que se necesita en estos instantes por que atraviesa nuestro país para acelerar el ritmo de la victoria, y, a pesar de ser plumas más autorizadas que la mía y de mucho más prestigio, triste es reconocer que la realidad nos demuestra que no ha dado los resultados que las exigencias de la guerra precisan, sobre todo en la retaguardia de algunas capitales que tienen los frentes a muchos kilómetros.

Desde las columnas de los periódicos y las tribunas públicas constantemente se comenta el heroísmo del pueblo madrileño, tanto de los combatientes como de la población civil. Y yo digo que no basta con reconocer este heroísmo: hay que seguir su ejemplo.

El mayor homenaje que se nos puede tributar es el de imitarnos, porque de nada servirá ganar muchas batallas al enemigo a las puertas de esta gloriosa capital si en el resto de los frentes no se hace otra cosa que admirar nuestro espíritu revolucionario.

Madrid no ha hecho otra cosa que cumplir con su deber. Por eso queremos que los demás cumplan con el suyo. ¿Cómo? Cerrando el paso al fascismo invasor y haciéndole abandonar las posiciones que tiene en su poder, y con nuestra conducta demostrarle que estamos construyendo una España tan potente y tan sana, que no habrá nadie capaz de oponerse a nuestra obra constructiva.

Y esto es lo que pedimos a todos: fiel cumplimiento del deber. Nada más. Cumplir como han cumplido los trabajadores de Madrid, como habéis cumplido vosotros, camaradas albañiles, que habéis hecho gala de trabajadores conscientes, siguiendo el historial de esta gloriosa Sociedad, que jamás se arredró, por duras que hayan sido las luchas. Honrando una vez más al proletariado madrileño, poniéndoos incondicionalmente desde el primer momento al servicio de las autoridades civiles y militares.

Con nuestra conducta intachable hemos señalado el camino a seguir por todos, y el que no nos siga será un enemigo y como a tal habrá que mirarle.

Esto que nosotros hemos hecho y estamos haciendo es lo que queremos que hagan todos los demás. Mirar la guerra como lo que es y poner al servicio de ella todo lo que sea necesario para acelerar la victoria, para que cuando ésta nos sonría no se tenga nadie que avergonzar de disfrutar de ella por no haber hecho el menor esfuerzo para conseguirla.

Conste que al pedir los camaradas

acuerdo y se aprestan a la pelea. Los republicanos nos prestan su ayuda incondicional. Con estos elementos, los españoles antifascistas podemos asegurar que España pudiera ser destruida; pero vencida no lo será jamás.

Joaquín POLO

de Madrid que todos nos sigan en nuestro ejemplo no es con el fin de colocarnos en un plano de superioridad, trazando un plan de sacrificios para que nos estén agradecidos. No.

Creemos firmemente que cumplimos con nuestro deber de antifascistas. Por eso, cuando vemos que los demás no cumplen nos indignamos y tenemos que afeárselos su conducta, con la autoridad que nos da precisamente el cumplimiento del deber.

Para comprobar cómo cumplen con la guerra muchos camaradas basta con acercarse a cualquiera de las capitales que al principio insinuaba: Valencia, Barcelona, etc. Bastará nada más que veinticuatro horas de convivencia en cualquiera de estas capitales para que quedéis convencidos de cómo se trabaja en estos sitios para terminar la guerra.

Simplemente os voy a dar a conocer unos pequeños detalles. Mientras se saborean a la hora de la comida unos entremeses variados o unas tajadas de pollo, se comenta muy acaloradamente que la población civil de Madrid, dando muestras de heroísmo, no come muchas veces para que no falte el rancho en los frentes. Otras veces se suscitan estas conversaciones en las tertulias de los bares y cafés, entre sorbos de bebidas deliciosas o paladeando unos mariscos.

No pocas veces se habla a la hora del baño, respirando a todo pulmón la brisa del mar, de las constantes lluvias de metralla que tienen que aguantar nuestras compañeras en las colas. Y en todos los sitios de expansión y recreo se charla de la marcha de las operaciones. En una palabra: en estas capitales se discute de la guerra como se discutía no hace mucho tiempo del resultado de una corrida de toros: como meros espectadores de ella, y no como propios actores.

En los momentos más álgidos de una acalorada discusión no falta quien da solución al problema de Madrid diciendo que todo quedaría resuelto si evacuáramos a nuestras familias.

Y yo tengo que reconocer esta razón. Mas, queridos camaradas, esto sería factible cuando dispusiéramos, como vosotros, de un sueldo decoroso y de unas dietas no menos decorosas que nos permitieran asegurar el estado económico de nuestros seres más queridos. Pero estas ventajas sólo las podéis disfrutar vosotros, que sois los que os sacrificáis por la causa aguantando el olor de la putrefacción del ambiente en que vivís.

Vosotros, que blasonáis de ayudar a Madrid, prestad el calor y el cariño debido a nuestras familias, porque de esta forma nos ayudáis a nosotros y facilitáis la labor del Gobierno, que con vuestra conducta la estáis entorpeciendo.

No penséis en acaparar más dinero con la venta a precios exorbitantes de vuestras mercancías, con el fin exclusivo de enriqueceros a cuenta de la guerra, perjudicando y agravando la situación económica de los que vosotros admiráis por su heroísmo.

Mientras esto no se corrija, seguiremos demostrando que los que cumplimos somos nosotros.

F. G. ACOSTA

Conferencia dada por el camarada delegado de la 3.^a Compañía, 111.^a Brigada, 443.^o Batallón, el día 13 de junio de 1937

Camaradas: Vamos a continuar hablando de moral y disciplina, porque somos pacifistas y guerreros a la vez. En todos los tiempos, los ejércitos se basaban para poder alcanzar sus objetivos en el sentido de patria que comprendían y tenían los pueblos; pero los ejércitos, manejados por los explotadores de estos mismos pueblos, no defendían otra cosa que los intereses bastardos de unos cuantos vividores, escudándose en la fe de patria que aquellos tenían.

Mas hoy ya cambia de aspecto la lucha: defendemos la patria del verdadero pueblo trabajador contra los que le humillan, tiranizan y le llevaron a guerras fratricidas contra hermanos de clase de otros pueblos que eran engañados como nosotros: luchamos contra los invasores italogermanos, que quieren arrebatarnos nuestras riquezas, nuestra libertad y nuestra independencia como pueblo que sabe y quiere regirse por sí propio.

Muy diversas, enconadas y fuertes han sido las guerras que, unidas al camino de la Humanidad, se han desarrollado en los distintos tiempos, y todas ellas se han basado siempre en una idea, en un motivo, que ha sido el punto que las guiara. Una de las bases de estas cruentas guerras fueron las ideas religiosas. En todas ellas se ha visto siempre una alta moral, íntimamente ligada a la idea religiosa.

Históricamente se conoce el levantamiento de Espartaco con los esclavos contra los señores feudales, que les sometían a trabajos forzados por medio del látigo y no les reconocían personalidad ninguna, sino como simples bestias que se podían vender y comprar en los mercados de los esclavos de este poder feudal. En las luchas que sostuvieron contra el imperio romano, su base era la moral, apoyada por el ansia de liberarse del poder tiránico a que estaban sometidos. En muchas batallas derrotaron a los defensores del feudalismo; pero más tarde empezaron las divisiones de los esclavos, y perdieron la guerra y la posibilidad de ser libres.

El pueblo español, ante una guerra que él no deseaba, tiene que forjarse una moral de guerra que supere a la de sus adversarios para derrotarle.

El pueblo español se lanza como un solo hombre a la lucha, viéndose claramente que para llenar los objetivos que los mandos ordenen hay que tener una moral y una convicción por la que se lucha, y que le induce fuertemente a defender su patria, sus intereses y su libertad.

Nosotros damos la vida para defender la misma vida. Aunque esto os parezca un contraste, se ve claramente. Supongamos que nos paralizamos y no luchamos creyendo que de esta forma no perderíamos la vida; pues sufriríamos un error que pagaríamos con la vida. De aquí que esperemos la muerte, cubiertos de honra, en defensa de nuestra vida y de nuestro ideal.

Todos nosotros somos pacifistas, desde los cristianos a los anarquistas, que es el ideal más sublime, donde el hombre vive sin intromisiones de nadie, vive en su mundo ideal; pero si un día se le acerca un individuo con el propósito de arrebatárle esa libertad y bienestar, ¿qué es lo que le corresponde hacer? Pues si no quiere perder su placida vida tiene que morir defendiéndola.

En el mismo caso se encuentra el pueblo español, que no ha provocado ni quería la guerra. Pero ¿qué ha de hacer ante la amenaza de su exterminio sino luchar por defenderse, y no consentir que le quiten sus libertades mansamente y ser traidor a su historia, como pueblo que supo levantar la bandera de la libertad y de su independencia?

Un caso de moral es el dado por un

grupo de milicianos asturianos, que habiendo abandonado la posición fueron cogidos para fusilarlos; pero hay uno que dice que si les daban material volverían a recuperar la posición que habían abandonado, porque era más digno morir defendiendo la causa que morir entre compañeros por cobarde, y la cogieron sin haber tenido ni una baja. Este es un caso de moral inolvidable.

Esta es la moral y la disciplina. Se ha de tener una gran confianza en los mandos, ya que han salido de las filas del mismo pueblo y les guía el mismo ideal, sin que abandonemos el deber que tenemos de vigilarnos los unos a los otros, porque todos somos buenos hasta que dejamos de serlo.

Todos, en general, somos pacifistas. Siempre se han hecho manifestaciones contra la guerra, porque conduce a los pueblos a la barbarie y a la destrucción para defender intereses individuales de clase en contra de los intereses de la colectividad.

Somos pacifistas y guerreros, y aunque triunfemos será necesario que mantengamos nuestro Ejército para defender las libertades adquiridas y evitar la posibilidad de que puedan arrebatárnosla los imperios despotas y traidores a sus pueblos.

El Ejército no desaparecerá hasta que hayamos construido una Humanidad libre de prejuicios y de las causas que motivan las desigualdades y luchas intestinas.

Habéis de comprender que tenemos una educación jesuítica y burguesa, y que hemos de sobreponernos a nosotros mismos para hacerle desaparecer y no ser víctimas de ella.

Esta es la posición que siempre debemos adoptar contra nuestros enemigos de ahora y del porvenir.

Terminó diciendo que se reflexione por qué somos pacifistas y por qué guerreros. Al pensar siempre cómo se forjaron los ejércitos, veremos elevar nuestra moral y nuestra disciplina, cosa que jamás decaerá hasta la total emancipación de nuestra causa y de nuestra independencia.

Silvino RUIZ

Episodios del frente

DOSIS CULTURAL

Un día, el alguacil del pueblo de Hita, y por mandato del Estado Mayor, va lanzando un pregón invitando a todo ciudadano útil para que a las siete de la mañana del siguiente día se presenten con picos y palas en el sitio indicado por éste.

Los campesinos, en grupos poco numerosos, van apareciendo muy lentamente por las diferentes y destartadas calles del pueblo. Pudiera decirse—por sus pasos torpes y vacilantes—que aquellos hombres iban hacia el abismo de la muerte y no a cumplir con un deber.

Gran trabajo ha costado reunir a muchos rezagados; pero así y todo hemos podido reunir casi un centenar.

Largo y peligroso es el camino que hay que recorrer para llegar al sitio donde hemos de realizar los trabajos de fortificación. La caravana avanza. Ya el zumbido del cañón y la ametralladora retumba en nuestro ser. El paso es más precavido, como si los pies fueran el equilibrio y la seguridad de una bala volandera. Unos cuantos parecen decidirse a pasar por donde existe el peligro. Pero no así la mayoría, que van replegándose por instinto

de conservación y la perseverancia del «paqueo». Hay un momento de emoción. Las ametralladoras fascistas han divisado a nuestros hombres. De súbito, el nuevo cantante, diyo del aire, surca la atmósfera limpia y serena, y un canto de muerte, coreado por infinidad de balines llenos de odio al progreso y la cultura, cae sobre nuestros bravos camaradas. Estos, con grandes dificultades, pueden burlar el asedio de las ametralladoras rebeldes. Hemos tenido suerte: ni un mal herido. Un grupo de nuestros hombres ha ganado una loma inmediata, poniéndose fuera del alcance de la rabia enemiga.

La masa compacta de campesinos que a cierta distancia han sido espectadores del concierto mortífero retrocede. En sus caras se adivina una sonrisa cachazuda y miedosa. No hay forma de arrancar a esta mole petrificada de inexpertos revolucionarios. No sé quién dice que no avanzan porque un teniente les ha dicho que es de todo punto imposible pasar por donde pretendemos. No hay manera de convencerles de que no pasa nada. En sus rostros se refleja el terror. Hay quien suplica por sus hijos, por sus padres. Otros, que es llevarles al matadero, pues hay sitios, según ellos, que se puede pasar sin ningún peligro. Quizá tuvieran razón; pero la paciencia tiene sus límites y recurro a la fuerza, avalándome en la razón de que otros ya habían pasado exponiéndolo todo. Este procedimiento de la fuerza tiene débiles resultados, pues a pesar de haber hecho mella en el bloque campesino momentáneamente, reaccionan y vuelven a la carga de súplicas y protestas. Tengo que recurrir a otro procedimiento, que, para mi forma de pensar, da mejores resultados: la cultura. Ya sé que en diez minutos no se puede edificar una «conciencia» en un cerebro cerril. Pero sí, por lo menos, abrir algunos ventanillos que de momento tengan corrientes de aires nuevos, aires purificados, y sean el principio de la creación de un hombre... Había que decirles, hacerles comprender, el porqué de esta lucha a muerte; el porqué de exponer la vida a cada instante en bien de nuevas generaciones... No os han enterado, campesinos de Hita, campesinos de España entera, de que se están rompiendo las cadenas de la esclavitud, de la miseria, de la explotación, y que esas cadenas saltan hechas añicos, pulverizadas, corrompidas de veneno babeado por reptiles disfrazados de personas que dicen ser caritativas, cristianas, bienhechoras y regeneradoras de una España empobrecida por las turbas rojas. Son aquellos que están allí, en aquel picacho que vosotros le llamáis la «tala» y que se asemeja su silueta a la muerte con sombrero, a la muerte aristocrata que vomita por sus ojos de ultratumba metralla para aniquilar a vuestros hijos, que alegres e inocentes juegan en la plaza. Son ellos, son los mismos de siempre, son los comerciantes de Cristo. Son los caciques. Son los terratenientes avaros, crueles y vampiros, que nunca se ven hartos de sangre proletaria, de sangre joven. De sangre nueva purificada por el oxígeno del campo, que necesitan para reponer sus fuerzas perdidas en grandes y vergonzosas bacanales de embriaguez y lujuria. ¡Alzaos! Y comprended que allá en la U. R. S. S. hay unos koljosiyanos, unos campesinos liberados por el esfuerzo colectivo y que fueron esclavos como vosotros. Pero hoy viven una vida

feliz, de bienestar y contento. Mirad que ellos se sacrifican en bien nuestro para que nada les falte a nuestros hijos. Mirad que si esta lucha se pierde por vuestras debilidades y miedo a perder la vida, vais a ser más esclavos que antes. Vuestros hijos se revolcarán en el cenagal de la miseria y la tuberculosis, y vosotros seréis juzgados y eliminados si no os sometéis al yugo del invasor. ¿Qué preferís, campesinos de Hita: ser aplastados por el vendaval de la barbarie fascista, o dar la vida por una España nueva, por una España de trabajadores? ¡Avanzad, camaradas, avanzad!

Y como autómatas que volvieron a la vida, la mole campesina avanza. De sus ojos ha desaparecido la máscara del terror; éstos brillan con luz propia, con luz del deber. Ya no tienen miedo a la muerte. Son los ventanillos con aire purificado. Es: una dosis de cultura.

Domingo VELASCO

A las Secciones y Sindicatos de la U. G. T. y de la C. N. T.

Estimados compañeros: Considerando indispensable establecer entre las organizaciones obreras adheridas a la Confederación Nacional del Trabajo y a la Unión General de Trabajadores unas normas que regulen sus relaciones sindicales y sirvan a su vez para estudiar conjuntamente los problemas que los trabajadores tienen planteados, se han reunido las representaciones del Comité nacional de la C. N. T. y la Comisión ejecutiva de la U. G. T., y de perfecto acuerdo han convenido ambas representaciones la firma de las bases que transcribimos a continuación, como iniciación de futuros acuerdos:

1.^a Compromiso mutuo de no agresión. — La C. N. T. y la U. G. T. renuncian en sus propagandas—prensa, tribuna, etc.—a realizar toda clase de críticas y ataques de tipo violento contra los postulados sindicales que las informan. Las divergencias doctrinales que separen a ambas organizaciones serán examinadas siempre de forma objetiva, con frases cordiales y fundamentando los razonamientos en la misma doctrina sindical que una y otra central defienden.

2.^a La C. N. T. y la U. G. T. no reconocen ni darán beligerancia a las organizaciones obreras sindicales que funcionen al margen de la disciplina de la C. N. T. y de la U. G. T.

3.^a Libertad de sindicación.—La U. G. T. y la C. N. T. se comprometen a respetar en absoluto la libertad de los trabajadores para que éstos se afilien a cualquiera de las dos organizaciones—C. N. T. o U. G. T.—. En los centros de trabajo, campos, talleres, fábricas, minas, etc., se considerará documento acreditativo de personalidad sindical el carnet que presenten los camaradas, sea de la U. G. T. o de la C. N. T.

4.^a Ambas organizaciones se comprometen a no admitir en su seno a ningún afiliado que sea expulsado por inmoral o por vulneración de acuerdos de la otra sindical hermana.

ANIVERSARIO

5.º Asimismo se comprometen también a no admitir a los Sindicatos que fueran dados de baja de la U. G. T. o de la C. N. T., cuando pidan su ingreso en una de las dos organizaciones, sin previa consulta a la organización a que anteriormente pertenecieran.

6.º Se considerarán un acto de deslealtad al pacto establecido, que será castigado inmediatamente, las coacciones que se cometan tendientes a obligar a los compañeros o a los Sindicatos a afiliarse a alguna de las dos organizaciones con la cual no estén identificados.

7.º La U. G. T. y la C. N. T. se comprometen a imponer los correctivos sindicales a los afiliados y a los Sindicatos que sistemáticamente se nieguen a cumplir los acuerdos adoptados por ambas centrales sindicales.

8.º Para dar viabilidad a estos principios de respeto mutuo, base indispensable para la articulación y desarrollo de resoluciones posteriores, la U. G. T. y la C. N. T. acuerdan la creación de un Comité nacional de Enlace, compuesto por tres representantes de cada una de las centrales.

Será función de este Comité nacional de Enlace:

a) Reunirse, por lo menos, una vez a la semana.

b) Ser fiel cumplidor de lo que se preceptúa en los puntos anteriores.

c) Crear en todas las localidades Comités de Enlace entre las organizaciones locales, los cuales no tendrán más atribuciones que las de cumplir las disposiciones que dicte el Comité nacional y trasladar al citado Comité cuantas sugerencias puedan tener en orden a los diversos problemas planteados.

d) Discutir los problemas que planteen las circunstancias y que no estén previstos en el programa de acción ni en las decisiones que conjuntamente adopten las dos centrales sindicales.

9.º Los pleitos que surjan en una localidad serán resueltos por el Comité nacional de Enlace.

10. El Comité nacional de Enlace propondrá a las Ejecutivas de la C. N. T. y de la U. G. T. las sanciones que deben imponer a los Sindicatos que no cumplan los acuerdos que aquél dicte.

11. Los acuerdos que se adopten, para ser válidos, serán firmados por los organismos nacionales de las dos centrales sindicales.

12. El Comité nacional de Enlace propondrá al Comité nacional de la C. N. T. y a la Comisión ejecutiva de la U. G. T. aquellas resoluciones que, a su juicio, deben adoptarse en la solución de cuantos problemas la realidad nos plantee; siendo los encargados de la ejecución de estos acuerdos la Comisión ejecutiva de la U. G. T. y el Comité nacional de la C. N. T., en cumplimiento de las determinaciones adoptadas por el Comité nacional de Enlace.

En cumplimiento de lo que se determina en la base 8.ª, se ha constituido el Comité nacional de Enlace, integrado por los compañeros José González, Pedro Herrera y Federica Montseny, por la C. N. T., y José Díaz Alor, Mariano Muñoz y Pascual Tomás, por la U. G. T.

Ocupaciones de más actualidad nos impidieron dedicar en el pasado número unas líneas al aniversario de la constitución de nuestra Sociedad. Hoy es doble esta obligación, pues casi coincidiendo con dicho aniversario se halla otro, el de la guerra, que empezó a ser civil y se convirtió, como no podía por menos, en guerra de independencia, de defensa de nuestro territorio, amenazado por la invasión extranjera, interesada en implantar en nuestro país el estado totalitario preconizado por el fascismo de Hitler y Mussolini.

Organizaciones que, sin dejar de cumplir su misión, se pueden permitir hoy el lujo de convocar a sus afiliados a grandes comicios, aprovechan esta ocasión para verbalmente hacer resaltar su actuación en el período de tiempo sin duda más laborioso del movimiento obrero español, que ha transcurrido desde el 18 de julio de 1936 hasta la fecha. A nosotros nos es imposible hacerlo. El 90 por 100 de nuestros afiliados se hallan imposibilitados de acudir a estas asambleas. Cumplen con el deber que la guerra les impuso. No tenemos los albañiles trabajo de retaguardia que cumplir, y nuestros afiliados, para orgullo de ellos, se tienen que circunscribir a celebrar el aniversario leyendo o escribiendo lo que durante este año realizaron.

Numéricamente hemos crecido en este lapso de tiempo, sin que ello signifique abandono de la obligación de depurar nuestros cuadros. Afirmamos que ninguna institución es grande y fuerte por el número de sus componentes, sino por la calidad de sus inspiradores, por su respeto recíproco, por su comprensión del problema social en los momentos actuales, que son de gran responsabilidad. Y de esto estamos orgullosos, de nuestra aportación al problema álgido de la guerra. Nuestro balance nos enorgullece. Unidades militares y de fortificaciones ocupan la totalidad de nuestros afiliados, que a un simple llamamiento acudieron sin vacilación alguna. El mejor exponente lo manifiesta la cantidad de camaradas, que hoy no hacemos constar, que en holocausto a la causa entregaron su vida.

En el aspecto económico pusimos toda nuestra fuerza. No existe idea o suscripción en la que los albañiles no hayan hecho acto de presencia con el desprendimiento en ellos peculiar.

Consecuentes con nuestro acatamiento a los Poderes del Frente popular, contribuimos a problemas como el de la evacuación, que no solamente era una obligación, sino que sigue siéndolo; consiguiendo, merced a nuestra perseverancia, que millares de afiliados nuestros, no obstante estar desempeñando labores de guerra, cumplieran estas órdenes de la superioridad, que indiscutiblemente contribuían a aligerar de peso a este Madrid del que todavía no se ha comprendido su gesta heroica.

Procuramos, sin querer decir que en la medida de nuestros deseos, que eran muchos, no perder el contacto con nuestros afiliados que en las trincheras defienden la libertad e independencia de nuestro pueblo, y las visitas a los frentes lo demuestran. Tan extensa es la línea donde tenemos camaradas, que no es extraño que a algunos no haya llegado este aliento, tan confortador para quienes sufren más de cerca los zarpazos de la campaña.

Que os conste, camaradas, que si no fué más amplia esta labor no ha sido por falta de deseos. Las circunstancias mandan, y a nosotros nos fueron adversas hasta lo infinito.

Creemos haber cumplido, en este año que ha transcurrido, con el deber que las circunstancias nos impusieron, sin que las presentes líneas sean, ni con mucho, el reflejo de nuestra actividad. Días vendrán en que os expondremos ésta con más amplitud, para que con todo detenimiento la podáis juzgar, con la tranquilidad que supone saberse en posesión de un triunfo conquistado a fuerza de sangre generosa, al que tendremos el orgullo de haber contribuido con el mayor entusiasmo.

Seguid como hasta aquí, camaradas, en la seguridad de que el fruto no se hará esperar. Y cuando éste madure, nuestro oficio, nuestra Sociedad no será a quien se le regatee la cosecha tan ricamente fertilizada.

Por la Junta directiva:

El secretario accidental.
Antonio ALBA

El Comité nacional de Enlace ha designado presidente del mismo a la compañera Federica Montseny, y secretario, al camarada Pascual Tomás.

La Secretaría ha quedado establecida en la calle de Luis Vives, número 7, Valencia, a cuya dirección debéis enviar toda la correspondencia que se relacione con el citado Comité.

En espera del exacto cumplimiento de las disposiciones que se articulan en las bases que os enviamos, quedamos fraternalmente vuestros.

Valencia, 28 de julio de 1937. — Por el Comité nacional de la C. N. T., M. R. Vázquez. — Por la Comisión ejecutiva de la U. G. T.: El secretario general, Francisco L. Caballero.

Vaya mi charla

No en estos momentos, en que la proximidad de los frentes de batalla quita a todo lo que no sea actividad guerrera importancia, sino de antiguo, el Partido Socialista ha reconocido y divulgado lo interesante que para la vida del proletariado es una buena dirección, una buena administración municipal. Hemos de convenir en que sin una retaguardia coordinada el triunfo indiscutible de nuestra causa sufriría retrasos lamentables para todos los antifascistas, por lo que es necesario que se divulguen problemas que, aunque en apariencia parece que no tienen relación con la guerra, la tienen y bien destacada. Ha sido norma no conceder a los

problemas municipales la importancia que en sí tienen. De esto está exento nuestro Partido. Los Municipios son órganos cuya gestión afecta tan directamente al vecindario, que de su desenvolvimiento depende en gran parte la marcha en un sentido o en otro de él. Los Ayuntamientos son el resumen de la vida colectiva del pueblo, y su misión es atender a que sus necesidades sean cubiertas, atendidas, en beneficio de todos y con el control de todos. Hoy Ayuntamientos o Consejos, mañana Soviets, su misión es la creación de instituciones que provean a las necesidades colectivas de los habitantes, sin distinción de principios sociales que están llamados a desaparecer. La mejor alimentación, la superación en la vivienda, su desarrollo cultural y sus relaciones sociales han de ser constante preocupación de estos órganos locales que ayer eran semillero de caciques y que hoy han de ser la base de un Estado fuerte, en el que los intereses particulares y las Empresas de antiguo cuño no tienen cabida.

Si nuestro Partido no tuviera una vasta historia en este sentido, podríamos extendernos en consideraciones, que creemos ociosas, en la demostración de los beneficios directos que una honrada administración comunal o municipal reporta. Los derechos particulares, en los Consejos Municipales en que la clase trabajadora tiene supremacía, se posponen al interés general, al de la colectividad, que está por encima de todo; y la buena marcha de los servicios de interés público está con dicha supremacía asegurada. Tienen también la misión de alimentar la solidaridad de justicia social, basada en la desaparición de las clases, reconociendo únicamente aquella que desde el puesto señalado a cada cual, según su capacidad, contribuya al bien comunal.

En el régimen que estamos derrocando en la actual campaña, la voluntad de los Municipios estaba a merced del Poder central, influenciado por un sentido político reaccionario, que cínicamente se servía de éstos para sus fines opresivos.

Hoy, y en el futuro todavía más, tienen su propia característica, que impide que el interés particular se anteponga al colectivo, hecho éste que de por sí sería más que suficiente para interesar a la clase trabajadora en cuidar estos órganos como corresponde, pues no conviene olvidar que son la cantera de donde han de brotar los hombres con capacidad constructiva que asegurarán el triunfo que con las armas se está fraguando desde las trincheras. Atender a que en éstas se triunfe, como anteriormente decía, es la primera misión a desarrollar. Sin este triunfo, todo será baldío; pero no hay que olvidar que es necesario también prever la postguerra.

No es de menos necesidad la conciencia de los trabajadores, que no se improvisa. No en balde la clase capitalista se preocupó muy mucho de que aquélla no se despertara. En eso iba su salvación. Y hoy es otra tarea también de guerra contribuir a que no siga adormecida.

Los tiempos actuales nos dicen bien a las claras que es preciso marchar sin pausa hacia la realización de nuestro ideal, con obras que demuestren al mundo que sólo el Socialismo es capaz, después del hecho violento a que nos lanzaron los traidores, de acabar con las injusticias del régimen económico que padecíamos.

UN AFILIADO